

EL PANENTHEISMO.

Sr. D. Ramon de Campoamor.

Mi muy querido amigo: La réplica de usted no simplifica la controversia comenzada, ántes al contrario, la extiende; pero desparramándola, gracias á incesantes explosiones, de luces y de fuegos. No podía acaecer otra cosa poniendo usted mano en ella. Su espíritu, cada día más rico en nobilísimas impetuosidades, arranca en su carrera de cuanto le rodea, mil y mil destellos y centellas, que si producen á primera vista algo semejante á una vía láctea que pasma y marea por la fulguración rapidísima con que se suceden, dejan puntos luminosos, ó inflamados por lo ménos, en el alma que cariñosamente los contempla. Mi flemática serenidad, que usted tacha de enervante y adormecedora, hubiera sido sano contrapeso á la viva, inextinguible y veleidosa espontaneidad de usted; pero usted me arrastra y corro tras sus pensamientos, perdiéndonos ambos, en el caprichoso laberinto que van figurando las idas y venidas, las vueltas y revueltas de su gentil y gallarda fantasía. Se ofenderán, y con razón, las leyes del orden y método científico, con esta manera de discurrir y de exponer; pero declino toda responsabilidad y voy donde me llevan.

Quisiera seguir punto por punto su escrito de usted para prevenir nuevos llamamientos «á la lenteja,» frase que no sé por qué cautiva y enamora á un poeta tan delicado y de gusto tan exquisito, como el autor de las *Doloras*.

I.

Dejemos en paz á los Hipocentauros con que usted soñaba y olvidemos á los que en la sombra maltratan su nombre de usted.—Muerden limas de acero, y su tiempo y su actividad no tienen otro empleo digno que los espionajes y denuncias de que usted habla.—¿Qué han de hacer si no hacen esto?—¿Compasión para las miserias humanas, mi querido poeta, y olvido para las bilis y las hieles que engendran en los desdichados los trabajos y los merecimientos ajenos!

Pero lo que sí rectifico desde ahora es que esas gentes sean krausistas, y lo que rechazo de todas veras es que, malhumorado, extienda usted la acusación á la escuela. No, usted conoce á los más de los krausistas (áun de los ortodoxos), yo los conozco también, y de antemano, sabedor de su nobleza y rectitud de carácter, puede afirmarse y afirmo, que no es exacto, con relación á los krausistas, lo que le *aseguraron* á usted. Será cosa de

los *agregados*, según la ingeniosa frase de Pedro Aguera (1). Demos de mano también á la hipérbole anticientífica de la hemiplejía de veinte años que padecen las universidades y al temor de la parálisis que le inquieta, y detengámonos en el por qué de la antipatía á Krause.

Es una repugnancia artística más que científica, escribe usted. Todos los sistemas prestan vigor al espíritu y enardecen la fantasía; pero el Krausismo no. Confiese usted, mi querido poeta, que el *que ha descubierto la belleza en el sistema de Cabanis*, no puede decir eso. Muy predisuelta y encolerizada debe andar contra Krause su musa de usted cuando sus teorías humanitarias cosmogónicas y metafísicas no la han inspirado. El fenómeno sirve para mostrar, cómo la predisposición del ánimo influye en la fantasía artística; pero no patentiza vayan desnudas de belleza las concepciones del racionalismo armónico.

Desde Pitágoras, todas estas concepciones de armonía universal y recóndita, que donde quiera sueña y luce, han embebecido á los poetas, porque el genio es esencialmente una armonía. Pero no insisto: su malhadada antipatía de usted le hace ver el hirviente Océano de la armonía universal como un mar muerto, y no se discute con el íterico sobre la blancura de las cosas. Es indispensable una curación prévia.

II.

Verdad hay en decir que me brindó usted ocasión para protestar de las burlas y los desgraciados donaires de gente que presume de chistosa, contra la memoria del ilustre Sanz del Rio. Confieso mi culpa; porque usted, que es hombre de entendimiento, no podía contarse en el número de los burlescos; pero recojo con solicitud el testimonio de su respeto al finado, y hago punto en esto, porque declaro que no penetro la miga de aquella acusación de *estrabismo* que usted dirige al eminente filósofo.

Es tan alambicada la alegoría que me quedo á oscuras. Pero importa poco á la cuestión que Sanz del Rio lo viese todo de *ludo*, y me fijo en lo de que el Krausismo es una doctrina *enredada* en el fondo y confusa en la forma. ¿Por qué es *enredada* en el fondo? Usted lo sabrá; pero no lo dice y yo no tengo el don de adivinar. ¿Confusa en la forma! ¿De qué forma habla usted? ¿Del sistema ú ordenamiento general de las partes de la ciencia? ¿De la manera de exposición de Ahrens, Tiberghien,

(1) Preguntado el ingeniosísimo diputado á quien cito, si un estimable hombre público, asiduo comensal de los krausistas, era también filósofo, contestó con inimitable gracia:

—No: ese es *attache*.

Los *agregados* son los que han incurrido en los excesos que ridiculiza Campoamor.

Leonhardi, Sanz del Rio ó Krause? Yo no sé qué forma es esa de que usted habla, y por si es la primera, digo que no la hay más completa y trabada en sus diversas teorías, ni conozco concatenacion que respire mayor vitalidad lógica en la filosofía moderna, sin exceptuar el Hegelianismo. Si es lo segundo, repito lo que en mi anterior: escriben mal, los que escriben mal, sin que me obligue á cambiar de dictámen la afirmacion de usted de que la confusion es inherente al sistema. Será verdadero ó erróneo, que de esto no tratamos ahora; pero lógico, claro, preciso y ordenadísimo, no hay modo de negarlo, sino de la manera dogmática que usted lo hace (1).

III v IV.

Pero, vamos á la *lenteja*.

—«El Krausismo es anti-artístico—escribe usted.

—«El Krausismo es un sistema fundado en una nocion de la *esencia* radicalmente falsa —añade usted.

—»En el Krausismo la verdad es imposible de toda imposibilidad, y es de una imposibilidad metafísica—afirmaba usted por último.»

Demos de mano la primera afirmacion, porque nos llevaria muy léjos, y no es para hoy discurrir sobre el arte, sobre la belleza de la verdad, sobre la calidad de la belleza espiritual, ni sobre otros puntos que sería necesario examinar, y vamos á la más doctoral de las afirmaciones de usted. «El Krausismo descansa en una *falsa nocion* de la *esencia*.»

¡Oh, si me hubiera usted dado la nocion verdadera de *esencia*, cuánto adelantariamos y con qué seguridad podría escribir! Pero elige usted un punto de vista de negacion vulgar, diciendo dogmáticamente, que es falsa la nocion de *esencia* del Krausismo.

¿Cómo quiere usted definir la *esencia*? La palabra es nueva, data de Ciceron; pero los escolásticos la emplearon de continuo y los tomistas especialmente.

(1) Aprovecho la coyuntura, ya que hablo en las columnas de la REVISTA EUROPEA, para agradecer una exposicion de un libro mio sobre «Doctrinas religiosas», que publicó esta REVISTA en su último número. No apelo de su juicio. Dado está por persona entendida y me someto á su fallo; pero si quisiera observar á mi discreto crítico: 1.º Que da sobrada importancia al libro, que no es más que una coleccion de estudios, como su título lo indica; 2.º Que los he publicado para preparar la aparicion de otro sobre «Teología racional», en el que (aunque temeroso del éxito), sigo las leyes de una exposicion razonada, y que no quiero publicar hasta conocer las últimas comunicaciones que espero del ilustre Vera; 3.º Que no tenía por qué aclamar á Lichtenberger como mi guía, porque los más de mis estudios habian aparecido en la *Revista de España* en Abril y Junio de 1872, y el libro de Lichtenberger es del año siguiente, y no me sirvió sino desde el momento en que lo cito (página 522), y para la biografía y exposicion de algunos libros de Schleiermacher, en lo que el pastor alsaciano aventaja á los demás expositores y biógrafos; 4.º, Y es lo principal, que Lichtenberger es protestante, ortodoxo, y yo no soy protestante.

te, y corrió por la filosofía cartesiana y por los libros de Leibnitz, y hoy se lee en los libros filosóficos, pero con diversas acepciones.—¿Qué es la *esencia*, ó qué se entiende por *esencia*?

Yo, para evitarle á usted enojos, quiero y me propongo defender doctrinas krausistas sin acudir á Krause ni á ninguno de sus discípulos. Es un Krausismo anterior á Krause el que defiendo, y usted se convencerá (si consigo mi objeto) de que la antipatía es injusta ó debe usted extenderla á los filósofos que han hablado de *sér* y de *esencia*, que son todos los de la Edad moderna, desde el famoso tratado de santo Tomás de Aquino.

Esencia es lo inherente á una cosa; ó lo que la constituye en especie determinada; ó el principio de las operaciones y propiedades de alguna cosa; lo que primero se concibe en ella; lo que se expresa por la definicion; lo que la cosa es; la razon primaria y fundamental relativamente á los demás predicados, etc., etc., etc.—Elija usted la que guste: todas son de buen linaje y noble alcurnia, y ninguna tiene sangre krausista en las venas.

La *esencia* no se confunde con la existencia. Son distintas, y no se identifica en el órden humano y natural la *esencia* con la existencia. No es la existencia predicado esencial de la *esencia*, es un predicado accidental.

En Dios se identifican absolutamente la *esencia* y la existencia, y como por la soberana *esencia* son todas las cosas, todas viven por ella y en gracia de su accion conservatriz y presente, y como esta *esencia* soberana está en todo y por todo, y comprende, penetra y contiene todo lo que es, *de ella son* todas las cosas y *en ella son* y *por ella son*.

¿Acepta usted la definicion y la distincion? Si la acepta usted, como creo, no verá inconveniente en que sea la *esencia* de la humanidad distinta de la existencia particular y determinada de los hombres y de Juan, Pedro y Diego, ni verá un monstruoso panteísmo en que digamos que esencialmente *somos en Dios*, y que en la existencia de Dios está la *esencia* de todas las cosas, ó como dice Balmes:—«La *esencia* de todas las cosas, abstraída de todos los *séres* particulares, es algo real, no en sí y por separado, sino en el *sér* donde se halla la plenitud de todo.»

Que la *esencia* de todas las cosas se hallen en Dios, aun cuando el hombre no se acuerda de Dios, y quizás le niega, es pensamiento consolador.—«El hombre tiene á Dios en su entendimiento, repito con Balmes, en sus ideas, *en todo cuanto es*, en todo cuanto piensa; la *fuera perceptiva se la ha comunicado Dios*. La *verdad objetiva se funda en Dios*; no puede afirmar una verdad sin que afirme una cosa representada en Dios. Esta comunicacion inti-

ma de lo finito con lo infinito, es una de las verdades más ciertas de la metafísica.»

Nuestra esencia está en Dios y Dios está en nosotros—mi querido poeta,—y esta verdad generadora del pantheismo, que no quiere ser, ni dualista, ni pantheista, no sé por qué escandaliza á usted, ni mucho ménos por qué se le antoja fria y prosáica.

¡Oh, si fuera poeta, rompería en psalmos al encontrar esta verdad que me inicia en la vida de los infinitos, y que hace vibrar en mi espíritu, como ecos meliosos y suaves, todos los himnos de los cielos! Pero usted no ve más que *lentejas!* ¡Cuánto lo deploro!

Pero es que Krause ha dicho que «la humanidad en el schema del sér, tiene la figura de una lenteja! ¡Qué trivialidad, mi buen amigo! El schema es una representacion plástica para la fantasía, en la que se figura geoméricamente la relacion de los seres, y dada la diversidad de la naturaleza humana espiritual, corpórea, etc., con el espacio producido por intersecciones de figuras que representen el espíritu y la naturaleza, se dibuja la complejidad de la humana. ¿Quita ni pone á la verdad de la doctrina, que la figuracion geométrica de estas esencias sea más ó ménos bella y se preste más ó ménos á ejercicios de agudeza y discreto?»

No olvido el argumento que usted me recomienda. Todo está en Dios, sí: la esencia de todas las cosas está en Dios, y por Dios es todo, mediante Dios existe y todo permanece por la inmanencia de Dios, porque todo en Dios tiene su fundamento, su razon. Luégo todo es Dios... ¡oh! no: hablamos de *esencia*, no de sustancia ni de existencia. Decíase en lo antiguo *quæ, per quam et in qua sunt omnia*, lo que, no mal traducido al romance, dice: que en Dios, bajo Dios y mediante Dios, son todas las cosas, en cuya paráfrasis no veo motivo para que suponga usted lapidada cruentamente la lengua castellana.

Que las cosas sean *en* Dios, no es decir que todas las cosas son Dios, es sencillamente el *in qua sunt omnia*. Porque está en Dios *esencialmente*, no es pantheista. Porque sean *por* Dios y se siga una relacion de dependencia entre Dios y aquello que es mediante Dios, no brota el dualismo, que consiste en la afirmacion cabalmente opuesta, consiste en negar la inmanencia de Dios en las cosas, y la trascendencia de las cosas como siendo *esencialmente* en Dios.

Dios da la esencia á los seres, y todas las escalas y grados de seres posibles ó actuales corresponden á las escalas y grados de las esencias que están en Dios como en su fuente. Dando Dios la esencia á los seres en la diversidad infinita en que están en él, se alejan los temores de pantheismo y de dualismo, que sin razon asaltan á usted.

Discurrimos en todo esto, en compañía de San Anselmo, San Clemente, Santo Tomás de Aquino, Fenelon, Gioberti, Balmes, Gratry, Hugonin, sin que ninguno de esos krausistas que exaltan el sistema nervioso de usted, salga á plaza, y vista la analogía y semejanza de las conclusiones, convendrá usted conmigo en que no era *radicalmente falsa la noción de esencia* prohibida por el Krausismo, sino que por el contrario, penetró con segura mirada Krause la grandeza de la doctrina de la esencia, y penetró como nádie la verdad de la distincion entre la esencia y la existencia, que creo, con el Padre Ceferino Gonzalez, es uno de los mejores timbres entre los gloriosísimos de Santo Tomás de Aquino.

¿Tiene usted algo más que objetar? ¿Reconoce usted que el motivo alegado no hiere al Krausismo, sino que es una vaguedad negativa contra la ontología cristiana?

Vamos á la tercera tésis.

V.

—«En el Krausismo, la verdad es imposible, con imposibilidad metafísica—escribe usted.»

Parece que le mueve á usted á esta afirmacion la opinion de que, en el terreno de la ciencia, las oposiciones son absolutas y los contrarios no se armonizan, y que los eclecticismos quedan como de la exclusiva propiedad y uso de la práctica y de los políticos.—¿Es así?

Partiendo de esta opinion, moteja usted á Krause de eclético, y supone usted que funde lo material y lo espiritual en lo absoluto, sin que se diga si las esencias son las mismas ó son diferentes.

No es Krause eclético, segun el valor y precio usuales de la palabra. No hay eclecticismo cuando se afirma una ley, un criterio, una doctrina: lo hay cuando se aceptan doctrinas diversas con un criterio convencional ó de circunstancias, no con un criterio científico que es siempre una ley. Si por eclecticismo se entiende recoger y examinar todos los problemas que en su ascendimiento suscita la razon humana, y relacionarlas entre sí y con un todo, ensanchando de este modo la enciclopedia científica, entónces Krause es eclético, como lo fué Descartes y Santo Tomás y Platon, y en nuestros dias Schelling y Hegel, que recibieron la historia de la razon humana en su plenitud, procurando colocar cada cuestion en el punto que interesa, y á cada pensador en el lugar que ocupa en el impercedero razonamiento que se prosigue al traves de la historia.

El espíritu y la materia son dos datos que el conocimiento procura aisladamente, y aparecen como opuestos y contrarios. Debe, sin embargo, desaparecer esa oposicion puramente relativa, no negando uno ú otro de los términos, no identificándolos,

sino demostrando que uno y otro están subordinados á un principio superior á ambos que los genera y los explica. Esto lo ha hecho siempre la filosofía, y no conozeo sistema, desde el Sankhya indio, que no intente lo mismo.—La unidad que es la ley, y ley muy principal, en todo conocimiento lo ordena.

¿Son diversa naturaleza y espíritu? ¿Qué duda tiene que lo son á los ojos del buen sentido? ¿Son opuestos? ¿Qué duda tiene que en oposicion relativa aparecen á los ojos de la experiencia? ¿Se excluyen y absolutamente se contradicen de manera, que la afirmacion del uno equivale á la negacion absoluta de la existencia del otro?—Amigo Campoamor, quién sostendrá semejante aberracion? ¿Por qué olvida usted las distinciones de materia, forma y sustancia de los aristotélicos, de sér, esencia y existencia, posible y actual de la escolástica, para preguntar: «¿las esencias del sér y de los séres son diferentes?—Si.—Dualismo.—¿No?—¿Panteísmo?»—Hablamos de esencia.—En Dios, la esencia es idéntica á la existencia.—*Deus est sua essentia. In Deo idem est esse et essentia.—Intelligere Dei est sua essentia. Voluntas Dei est sua essentia.—Deus est sua vita*, escribían los escolásticos, y en este sentido no se habla propiamente al hablar de *las esencias* de Dios, dada su unidad simplicísima. Pero en el lleno infinito del *esse* divino están las esencias de las cosas, y, sin embargo, como enseñaba Fenclon, «Dios no es espíritu ni cuerpo, porque como sér absoluto no comporta determinacion ó limitacion alguna del sér, y en Dios están las esencias de los séres determinados espíritu y cuerpo.»

Como se ve, son diferentes y no hay dualismo; están en Dios las esencias y no hay panteísmo.

No voy más allá de las dudas que usted estampa, y, sin embargo, mucho más que eso y mucho más profundo y verdadero hay en Krause, en sus teorías teológicas; pero quiero convencer á usted de que no tiene razon, y me atengo á la letra de lo que tan galanamente escribe, para que no me acuse de *sabias disertaciones*.—Pero esas esencias parciales ¿son idénticas en el fondo con la esencia general, y sólo varían en la forma?—pregunta usted á renglón seguido.—No; si son esencias, son diversas. Esencia, implica siempre determinacion, limite, excepto en Dios, en que *«idem est esse et essentia.»* Luego no hay panteísmo, luego no cambian las esencias, luego son inmutables, luego la mudanza, como cambio de los séres, no significa más que serie de actos al traves de los que, la esencia va significándose, declarándose, expresándose segun su manera y condicion.

¿Ve usted como no tenía razon, y como la nocion de esencia es verdadera, tal como yo la explico y no confundíendola con ser ó existencia que es como usted quiere aplicarle para engendrar una

confusion que es la atmósfera propia del sofista?

Con lo dicho va contestado lo que usted dice «del pobrísimo recurso de acudir á teorías del amor »místico y al panteísmo de sentimiento.» No he acudido á teoría alguna mística ni sentimental, sino á doctrinas ontológicas sobre el sér, la esencia y la existencia; y crea usted que no es un rasgo de sentimiento el «en Dios somos y vivimos»; sino una profunda idea, una doctrina ontológica que guia á todas las escuelas *realistas* en la Edad Media y en los tiempos modernos. Huir del panteísmo y evitar el dualismo han sido los empeños de la teología moderna, y bien puede asegurarse que estas sanas tendencias se originaron de las enseñanzas cristianas, nacidas al calor del *in Deo sumus*.

En resúmen: 1.º, la furiosa impugnacion de usted sobre el panentheísmo, tal como se lee en las dos cartas publicadas, va contra los maestros del ontologismo cristiano, á quienes pertenecen los textos y citas que he recordado en los párrafos anteriores. Pero no toca ni llega á la concepcion de Krause en la aportacion genial de que le es deudora la historia de la filosofía; 2.º, que la doctrina de la esencia que usted estimaba *radicalmente falsa* es la doctrina comun, corriente desde el famoso libro sobre el *Ente y la Esencia* hasta los novísimos tiempos;

Y, por tanto, que quedo esperando argumentos y razones que disculpen sus elocuentes filípicas de usted contra Krause y los krausistas.

No es en la doctrina de la esencia donde encontrará usted motivo para dudas y correcciones.

VI y VII.

Confieso que la frase *pasion política*, envolvía en mi pensamiento la censura que usted acepta respecto á predominio de la ciencia oficial y á la prueba de *buen gusto*, dada por los gobernantes en el último incidente universitario.

¿Pero qué párrafos leo con este motivo en su artículo de usted! Los he leído ya muchas veces, y el asombro aumenta. ¿Cómo contestar, y contestar á un amigo queridísimo que incurre en ese lamentable extravío?

En estas dudas me veía doliéndome del caso y afligido por la extremidad en que me encontraba, cuando algunos lunares literarios, advertidos en esos trozos, me empeñaron en su exámen crítico, y tras larguísimo y minucioso análisis gramatical, retórico, científico y político, suspiré satisfecho, exclamando con gozo igual al de Arquímedes, «No son de Campoamor».

Creo que los párrafos VI y VII son interpolaciones debidas á descuidos de imprenta ó quizá á malas artes de alguno de aquellos Hipocentauros que en la sombra conspiran contra su limpia fama de escritor discreto. Estoy seguro, muy seguro, de

que, sometida la cuestion á peritos, los revisores, ayudados de la crítica interna, declararán como yo apócrifas esas páginas. ¿Cómo, dirán, un escritor tan ingenioso, desembarazado y suelto, discreto y culto como Campoamor, pudo escribir esos trozos de prosa *bourgeois* melodramática y terrorífica, capaz de conmover á la tendera más *conservadora*? «Moral diferente de lo que la justicia consigna en sus códigos,» «cañones apuntados contra el órden social» moral en la que todo es esencialmente necesario, «donde no hay bien ni mal.» «Ciudades abrasadas, campos desiertos, templos derruidos, familia adventicia, anarquía, etc., etc.» y todo esto, todo esto por el Krausismo!!

Lo repito, esa página es un Bouchardy en elecciones; no es de usted. ¿Cómo podía usted desconocer que no hay ni es posible que haya ciencia oficial y que ni los gobiernos, ni las instituciones no fabrican ó confeccionan ciencia para su goce ó provecho, sino que se produce y declara la ciencia por la libre actividad de la razon humana que no es razon sino es libre? ¿Cómo habrá de desconocer este axioma el escritor más original de estos tiempos, y el pensador más altivo y discolo de estos últimos decenios?

¿Cómo desconocer que la moral práctica, la deontología enseñada por los krausistas es severa, purísima y conforme con todas las prescripciones cristianas y con las de los códigos de los pueblos modernos?

¿Cómo usted podría decir que existe divergencia entre la recta conciencia moral y la doctrina del deber de la escuela krausista, cuando no hay medio de señalar esa divergencia?

¿Cómo, hablando en España y no en la China, y de hechos de ayer y no de sucesos prehistóricos, podría usted imputar al Krausismo incendios de ciudades, tala de campos y demolicion de templos, cuando de lo que ha dado ejemplo es de un iluminismo político que deja en mantillas á los euákeros?

¿Cómo, por último, usted que conoce los libros del Krausismo desde los Mandamientos de la humanidad hasta el manual del distinguido profesor Gonzalez Serrano, podría afirmar que todo es necesidad en su moral, que no hay Ley real y absoluta en sus enseñanzas, ni ideas de bien y mal en la doctrina?

No es de usted esa página. No es compatible con su instruccion en la materia; no cuadra con la rectitud de su carácter; es impropia del aticismo de sus pensamientos de usted y de su estilo; el sesgo declamatorio y gerundiano que sigue la frase, no es el que estudiamos con deleite los admiradores de usted, y hasta la diction es campanuda y afectada, cosas que á usted repugnan por extremo. Por todas estas razones de *crítica interna*, sostengo que no es de usted esa página; y como sólo discuto con

usted y no con otro, no la contesto, limitándome á negarla en redondo con la autoridad que me prestan doctrinas sabidas y hechos de todos conocidos.

Si quiero, lleve entendido el que la escribí, que si gusta de frases fuertes y toques de brocha, guarde sus gustos y aficiones para mejor ocasion, que en discusiones graves y de carácter científico, á duras penas pasa la cosa como una extravagancia. Si quiere escribir de ello, que razone y nos explique su teoria de la ciencia oficial, y por tanto, segun los tiempos democrática, radical, sagastina, unionista, moderada, neo-católica ó absolutista; que nos diga cómo de una institucion ó de un programa político surge una teoria y un sistema; de qué manera se constituye y vive ese cerebro nacional á quien los gobernantes encargaran sucesiva y contradictoriamente; moral, derecho, medicina ó teología, como se encargan fusiles y cañones para el ataque ó la defensa, y todas las demas cosas recónditas que necesariamente han de saberse para enseñar ciencia ministerial, en el tono y en el ritmo que sea halagüeño y agradable á los gobernantes. ¡Oh, será de *buen gusto* decir desde el poder: «La ciencia soy Yo»; pero lo da mayor y regocija más á los que lo escuchan!

Tambien sería muy del caso que probara con datos, puesto que de hechos se trata, lo de las catedras convertidas en barricadas contra la autoridad y el órden social.—Nunca, ningun profesor, ni krausista ni antikrausista, y la acusacion no tiene otro origen que el odio desalentado y ciego, que por desgracia nuestra, constituye la única relacion entre los hombres que militan en España en distintos partidos.

Pero lo más curioso sería la demostracion de que, segun el Krausismo, la conciencia humana está vacía de verdades reales y ontológicas, y que la vida de la conciencia y lo que en su seno se muestra, no es más que el gusto ó el capricho de un casquilucio Juan Palomo, para que reconociera que algun genio avieso y maleante, se ha burlado de su candor intelectual, enseñándole todos esos dislates como joyas y preseas del Krausismo, sin advertir siquiera, que á renglon seguido le repetía que el Krausismo es un panteísmo grosero, lo que se compadece con las anteriores acusaciones, como la luz con las tinieblas.

Que le pregunte á su enredador maestro de Krausismo ¿en qué quedamos? ¿es el Krausismo un subjetivismo individualista en el que la *conciencia propia* pinta, figura, salta y gesticula al compas de su capricho, ó es un panteísmo toscos en que no hay más que una *esencia*, que es la *lenteja*, en la cual todo se suma, resuelve y confunde?

Si conociera al fogoso declamador, le advertiría que no es lo mismo órden social que situacion polí-

tica, y que conviene precaver el error egoísta de juzgar, constituye el orden social el predominio político de los *nuestros*. ¿Qué se persigue, ó qué quiere que se persiga el autor de esas frases? ¿Al Krausismo ó á la libertad de la razón? ¿Sobre qué llama el fuego que abrasó á las ciudades malditas, en un paroxismo de ira que toca en el extravío? ¿Sobre los krausistas ó sobre los que estudian, sin otra ley que la única propia del estudio, que es la libertad? ¡Vano empeño! ¡Del cielo descende luz, y no fuego, que no hay ya para Dios ciudades malditas en el mundo santificado por el trabajo y rejuvenecido por la libertad!

Por último, le diría que no es lícito confundir á Krause con Bakunini, como hace con el mayor desenfado al hablar de anarquía y de familia adventicia, el autor de ese desaguinado literario, que ha cosido trozos de paño burdo á los delicados encajes, que iban mostrando la fastuosa fantasía y el agudísimo ingenio del príncipe de nuestros poetas líricos.

VIII.

Pero dejemos al autor desconocido para discutir con el ingenioso de las *Doloras* y de los *Poemas*.

Otro cargo dirige usted al Krausismo no ménos injusto que los nacidos de la *verdadera nocion* de la *esencia*. «El krausismo *ha aventado* de este país los sistemas de lo más original, poético y atractivo de la filosofía alemana, con la pedantesca asercion de que todos eran incompletos, y los discípulos de Sanz del Rio han hecho retroceder cien años, por lo ménos, la educacion filosófica de España.»

Recordemos.—Por los años en que comenzó en España á extenderse la noticia y el conocimiento de las doctrinas de Krause (1853-1856), no era fácil dibujar el sesgo y camino que seguían los estudios filosóficos.—Dominaba en algunas universidades, por ejemplo, en Barcelona, gracias á los esfuerzos del inolvidable Martí Eixala y de su dignísimo sucesor el Doctor Llorens, la escuela escocesa, y Hamilton era el maestro, la autoridad, el faro. En Sevilla, una tendencia hegeliana, debida á un nombre muy reverenciado por la juventud sevillana, se indicaba y traslucía en los discursos y estudios de la juventud democrática, y en Madrid vagaba la atención pública entre las tradiciones del espiritualista Tissot, debidas á Nuñez Arenas, las exposiciones de los ecléticos de García Luna en el Ateneo, y de Uribe en la Universidad. Fuera del nombre respetable de Balmes y de las excentricidades teológico-políticas de Donoso Cortés, la cultura filosófica no recibía otro alimento.

Era imposible desconocer que aquel marasmo brindaba ocasion para encender nuevos faros y para reanimar el espíritu. Llegaban á España como llegan las olas á las últimas arenas de dilatada playa, al-

gunas noticias, y murmurio, de las escenas alemanas, despertando los temores y los enamoramientos que siempre suscita lo que se conoce mal, y en tal coyuntura, de regreso de su viaje científico á Alemania, abrió cátedra en Madrid Sanz del Rio.

Era el Maestro, tan insigne como dije en mi carta anterior; la ocasion de perlas; el afán de entrar en el movimiento europeo, general, y desde 1857 y no ántes, cundió el gusto y la afición, no á la filosofía krausista, sino á la filosofía alemana. Los libros franceses de Wilhelm, Remusat, Bartholmess, Barchou de Penhoen, corrieron de mano, y nuestro Lemming se vió acosado por los que deseábamos conocer la lengua de Schiller y Goethe. Como decía Sanz del Rio, los más nos volvimos desde el dintel, y sólo por los años 1863 á 1867 se formó un cenáculo en torno del Maestro, que asidua y tenazmente trabajó bajo su consejo recogiendo sus últimas lecciones.—Algunos ya han muerto y no quiero que pase la ocasion sin tributar un cariñoso recuerdo á la buena memoria de Tapia y Vela, nobilísima, dulce y simpática inteligencia.—Después figuraron en la revolucion, gracias á condiciones relevantes, algunos de los discípulos más fervorosos. La influencia política de los adeptos perjudicó á la influencia intelectual de la escuela, suscitándola antipatías y enemistades. ¡Son estos accidentes y peripecias muy propias de la vida española, que todo lo viste con los colores de la pasion que domina!

Hé aquí la historia, sencilla pero verdicilmente expuesta. No tuvo más proporciones el caso. Hoy son muy contados los krausistas ortodoxos y pocos más son los que sólo aceptan el sentido y la tendencia del racionalismo armónico. ¡Hé aquí el monstruo, la hidra, contra la cual esgrime usted su potente clava!

Peró no por eso amengua á los ojos de la crítica el singular beneficio de que es deudora la cultura española á Sanz del Rio y á los krausistas:—Sus tareas han reanimado, por no decir han creado (que sería lo más exacto), el espíritu científico en nuestra España.

¿Qué cultura ahogó el Krausismo? ¿Qué órganos filosóficos se atrofiaron? ¿Qué sistemas *aventó* de aquí? ¡Si no los había, si no germinaban, si era un erial la conciencia filosófica!

Si hubieran existido abundantes tradiciones filosóficas en nuestra historia literaria, como sucedía en Francia ó en Italia, comprendo que se suspirara por una renovacion del espíritu antiguo; pero á contar desde el siglo XVII, ¿qué podíamos recordar que detuviera y dominara el ánimo solicitado por las magnificencias de la ciencia alemana?

Y entre las escuelas alemanas, ¿qué otra ventaja á la krausista para preparar y educar científicamente el espíritu de una raza meridional deseosa de sinte-

sis y verdades universales, creyente y dogmática como lo es la española?

¡Ah! Es que Krause entiende que su pensamiento es completo, y mira como incompletos todos los demás—dice usted.—Toda concepción que aspira á la síntesis parte de igual juicio, y la filosofía alemana desde Kant, constantemente procura llegar á la síntesis.—Y digo mal desde Kant, que bien pudiera decir desde Descartes y desde Santo Tomás, Lulio ó Alberto el Magno, Plotino, Aristóteles ó Platon.—¿Cómo no, si esa y no otra es la aspiración de la filosofía y de la razón del hombre?—¿Conocía usted acaso el sistema que apuntaba por los años 1840 á 1850, y cuyo florecimiento ha retardado en un siglo la predicación del Krausismo? ¿Dónde están los anuncios siquiera de esa maravilla?

Esta discusión, mi querido amigo, no es una verdadera discusión, y por tanto entenderá, pero no aprovechará á los que nos lean. Es un discreteo y no una controversia científica. Para que fuera fecunda, ya bajo el aspecto histórico, ya en el teórico, hubiera sido muy del caso fijar lo que es y debe ser un sistema filosófico hoy en el siglo de Kant y Hegel; convenir en los criterios y Leyes del conocimiento; descender después á la raíz y fundamento del sistema de Krause, y entonces sería llano el juicio.

De otra suerte, discreteamos, pero no filosofamos.

Yo no hubiera podido estampar con aquiescencia de la opinión general, la verdad que acabo de escribir, sin la provechosa influencia del Krausismo.

Confesará siempre la crítica, que se debe al Krausismo el sentimiento de respeto á la filosofía; la convicción de que es preciso método y rigor en la indagación de la verdad; la seguridad de que el dato de conciencia ofrece luz y norte, y no pocas veces fundamento; la libertad para razonar sin mira preconcebida ni propósito interesado; la verdad de que en Dios está el principio de la ciencia y el noble empeño de que obremos, pensemos y queramos con conciencia de nuestros pensamientos y actos, para no desear lo injusto y para huir del mal.

Convendrá usted conmigo en que esas excelencias, reconocidas ya como una natural exigencia de la cultura general, son de precio.—Pues son ya frutos del Krausismo.

Hace pocos años, nada más grato á los educados en los actos de nuevas universidades, que discusiones como ésta, en las que bastaba á los sostenedores proponer sutilmente tres ó seis silogismos; formular con agudeza unos distingos; mostrar vivacidad en la réplica, y con estos artificios se conseguían aplausos, porque no más exigía ni anhelaba la cultura general.

Hoy nos censuran á usted y á mí, los más, di-

ciendo (con mucha razón), que no discutimos grave y científicamente. ¡Sanos efectos del Krausismo en la opinión general!

Renovado el espíritu filosófico con estas lecciones, es de esperar que en lo futuro será fecundo, que tanto crece el conocimiento de la verdad, cuanto aumenta el espíritu en atención, respeto y amor para recibirla.

IX.

Concluyamos. Me curaba en salud á indicar á usted que me reservaba mi libertad de pensar sobre puntos muy capitales del Krausismo. Mi previsión hasta ahora queda burlada, porque he demostrado que ni siquiera llegan á las teorías krausistas los cargos y censuras que usted formula.

¿Es que estamos todavía en el introito y no ha descubierto usted las baterías? Podrá ser y es de esperar, conocido su inagotable ingenio; pero en tanto rompe usted de nuevo el fuego, rectificada la puntería, permítame usted que recuerde ensueños de otros días. Apetecíamos hace muchos años que resonaran en nuestra querida España las notas que expresan las propiedades fundamentales del espíritu humano: las que engendran los hechos históricos embalsamándolos con la tradición; los que vibran mirando las brumas indecisas y flotantes del porvenir; las que llegan de orillas del Rhin, de las costas de Italia ó de las universidades inglesas, y que viviendo en nuestro siglo con el espíritu abierto á todos los puntos cardinales, con inagotable tolerancia y benevolencia á todo lo que sea estudio, invento, intuición, experiencia, se educará el genio filosófico de esta raza perspicua y potentísima en el orden intelectual como sus hermanas la griega y la itálica, bajo la acción fecunda de la libertad racional. Yo sigo deseando lo que deseaba, y por ello he protestado contra sus injustas imputaciones, por más que no me alcanzaran personalmente; pero sí á amigos y compañeros dignos de respeto y hoy en desgracia. ¿No es un deber la imparcialidad? Yo creo que he sido imparcial, al intervenir en esta discusión entre unos y otros amigos que se iniciaba con violencias inusitadas y dañosas siempre, para el estudio y para la verdad.

Abrigo la consoladora esperanza de que lo reconocerá usted así, procurando sincera satisfacción á su antiguo amigo Q. B. S. M.

F. DE PAULA CANALEJAS.